

Del saber académico a la sabiduría oral

*-La experiencia de la lectura y el devenir
del hombre de conocimiento-*

Por:

JAIRO RODRÍGUEZ ROSALES*

RESUMEN

Este artículo trata de desarrollar algunas ideas respecto a las enseñanzas de Carlos Castaneda relacionadas con cuatro enemigos de las personas que intentan aprender: el temor, la claridad, el poder y la vejez.

ABSTRACT

This article seeks to develop some ideas about Carlos Castaneda's teachings regarding to four enemies of people try to learn: fear, clarity, power and old age.

KEYWORDS

- Carlos Castaneda (*Carlos Castaneda*)
- Reading (*Lectura*)
- Oral wisdom (*Sabiduría oral*)
- Indian philosophy (*Filosofía indígena*)

* Profesor del Departamento de Filosofía y Letras de la Universidad de Nariño.

“Cuando un hombre empieza a aprender, nunca sabe lo que va a encontrar. Su propósito es deficiente; su intención es vaga. Espera recompensas que nunca llegarán, pues no sabe nada de los trabajos que cuesta aprender.

Pero uno aprende así, poquito a poquito al comienzo, luego más y más. Y sus pensamientos se dan de topetazos y se hunden en la nada. Lo que se aprende no es nunca lo que uno creía. El conocimiento no es nunca lo que uno se espera”.

Carlos Castaneda, Las Enseñanzas de don Juan

Sabemos de Carlos Castaneda que hizo sus estudios de Antropología en la Universidad de California, en Los Ángeles, Estados Unidos; decidió hacer su Tesis de Grado en torno a las Plantas Medicinales de las comunidades indígenas del norte de México y, en esa búsqueda de información para desarrollar su trabajo investigativo, se encontró con quien más tarde se convertiría en su maestro, don Juan Matus.

En ese encuentro y diálogo de dos culturas, en que no sólo se escribieron cerca de doce libros, Carlos Castaneda vivió la experiencia de una lectura del mundo y de la vida que transformaría su vida para siempre.

Un hombre acostumbrado al saber académico, al conocimiento y a la información científica, de repente se veía sumergido en una aventura, en una experiencia vital llena de magia y de misterio. Ahora encontraba en los textos literarios orales, transmitidos de generación en generación, la sabiduría del brujo yaqui Juan Matus, depositario de una herencia cultural ancestral y milenaria que lo enfrentaría a lo desconocido.

Carlos Castaneda entendió que el saber académico vive de su propios límites y de sus propios prejuicios, saber que está lejos de la experiencia del lector y que no tiene la fuerza para afectar su cuerpo ni su pensamiento, saber utilizado por las

instituciones académicas sólo para formar eruditos, es decir, adictos al saber. El saber académico era débil, no tenía ni la fuerza ni la sabiduría ancestral del universo.

Don Juan Matus, un hombre que no asistió a la universidad y que ni siquiera sabía leer y escribir tal como lo había aprendido Carlos Castaneda, tenía escrita en su corazón la sabiduría ancestral de sus antepasados, la sabiduría ancestral de las Plantas Maestras, la sabiduría ancestral de la Madre Tierra; había aprendido a leer con el cuerpo entero, con los cinco sentidos y con el sentido del goce; en su formación como hombre de conocimiento había jugado un papel muy importante la tradición oral, había escuchado la palabra viva de sus padres, de sus abuelos; esa palabra que se había nutrido de la fuerza ancestral de la Pacha Mama.

Carlos Castaneda, portador de una lectura del mundo ligada a la razón, al lenguaje, a la lógica, a la ciencia, al análisis y a la explicación típica del hombre occidental, que lo hacía una persona con una firme identidad, con cierta importancia e historia personal, esa que -más tarde entendería- no sólo era un peso en su vida sino que debía deshacer para siempre.

Juan Matus se convierte así en una obsesión para Carlos Castaneda, personaje que, como los grandes maestros, era capaz de meterse hasta los tuétanos de su discípulo, haciendo de éste un sujeto de múltiples experiencias que lo llevarían, poco a poco, a entender y vivir la identidad como una camisa de fuerza que limita no sólo la lectura del mundo, sino que repercutía en un estilo y un modo de vida que no permitía desarrollar plenamente las capacidades del cuerpo y de la imaginación, ni pensar con los sentidos ni con el cuerpo entero para que el conocimiento no se fuera convirtiendo en un lastre que no tenía la fuerza de lo vivo.

Carlos Castaneda aprendió de su maestro Juan Matus que para convertirse en hombre de conocimiento -y no estamos hablando del simple erudito-, debía, por lo menos, enfrentar cuatro grandes enemigos naturales que se presentaban sólo a

quienes intentaran traspasar las barreras de lo establecido, los muros de la comodidad, del sedentarismo, de la identidad, de la seguridad y de la resignación.

El primer enemigo natural que debía enfrentar era precisamente el Miedo:

"¡El miedo! Un enemigo terrible: traicionero y enredado como los cardos. Se queda oculto en cada recodo del camino, acechando, esperando. Y si el hombre, aterrado en su presencia, echa a correr, su enemigo habrá puesto fin a su búsqueda.

- *¿Qué le pasa al hombre si corre por miedo?*
- *Nada le pasa, sólo que jamás aprenderá. Nunca llegará a ser hombre de conocimiento. Llegará a ser un maleante, o un cobarde cualquiera, un hombre inofensivo, asustado; de cualquier modo, será un hombre vencido. Su primer enemigo habrá puesto fin a sus ansias."*¹

El miedo se manifiesta de diferentes maneras: puede ser miedo a lo desconocido, miedo a vivir, miedo a la aventura y el peligro, miedo a la transformación; miedo a perder la identidad, la importancia y la historia personal. El miedo tenía el poder de paralizar tanto física como mentalmente, era capaz de someter y humillar la dignidad del hombre. El miedo no se contentaba con colocar cercos a la vida y al conocimiento sino que se imponía como uno de los más terribles tiranos de la existencia.

El miedo es capaz de atar de pies y manos a quien esté decidido a experimentar porque sabe que si no hay experimentación no hay desarrollo de la imaginación ni de la capacidad creativa, el miedo impide experimentar la libertad.

1. CASTANEDA, Carlos. Las enseñanzas de don Juan. México: Fondo de Cultura Económica, p. 108.

Por eso, ante la presencia del miedo, uno no debe correr; antes, por el contrario, debe armarse de valor y mostrar que es más fuerte la capacidad de experimentación y la necesidad de una profunda transformación de la existencia que estancarse en modas y modelos preestablecidos que se crean sólo con el fin de defender la mediocridad de las ideologías, de los afanes cotidianos de las instituciones políticas y religiosas que imponen su estrecha y limitada manera de leer el mundo y la vida.

Carlos Castaneda no sólo experimentaba el miedo como un enemigo natural sino que culturalmente había sido utilizado para manipular el cuerpo mental y emocional de los individuos; él mismo había vivido bajo el imperio del miedo en muchas circunstancias de su vida, en la familia, en la escuela o en cualquiera de las instituciones de disciplina y control dentro de las cuales había crecido.

Estas instituciones habrían sabido explotar ese miedo natural de cada uno para vampirizar la vida, para domesticarla, para someterla, para hacer de la vida del individuo la vida de un servil voluntario, de un animal de carga, esclavo de los intereses de quienes no aman la vida sino la muerte.

Carlos Castaneda dejó de vivir como un simple erudito para entregarse a vivir como un hombre de conocimiento; es decir, un guerrero y cazador del conocimiento; decidió experimentar con su propio cuerpo y su propio pensamiento; así conoció, a través de don Juan, las Plantas Maestras, especialmente el Peyote, Planta Maestra que le haría vivir *una realidad aparte*, un viaje a las profundidades del misterio y de lo desconocido. Supo ver que no había una sola realidad: había realidades, múltiples realidades por conocer, por experimentar; así empezó, entonces, a crear su propio estilo y modo de vida. Creó una ética, una política y una estética de la existencia, que no solo revolucionó su vida, sino que permitió, a lectores sensibles del mundo entero, comenzar un proceso de transformación de los esquemas y paradigmas que hasta ese momento habían tiranizado la vida.

La ética como práctica de la libertad era posible; es decir, como cuidado de sí y cuidado del otro; la estética no era simplemente un concepto sino vivir la vida como una obra de arte, dedicarse a la tarea permanente de hacer de la vida una obra de arte; era posible, entonces, una estética de la existencia propia, sin modelos fijos, sin parámetros establecidos. **La estética era, por fin, la curación de la vida y del mundo.** Escribir en el corazón para pensar y actuar con el corazón, para construir un camino con corazón. Solo si éramos capaces de escuchar la voz de nuestro corazón, podríamos escuchar la voz del corazón de la Madre Tierra y empezar a vivir la vida como una danza, como un canto, como una oración.

Pero una vez vencido el miedo –aunque momentáneamente– sobreviene la *claridad*; sí, para Don Juan Matus la claridad era el segundo gran enemigo natural que había que vencer o, por lo menos, enfrentar, porque, es necesario decirlo, ninguno de los cuatro enemigos naturales serán vencidos definitivamente, será un pretexto de lucha toda la vida, hasta el último instante de nuestra existencia:

“¡La claridad! Esa claridad de mente, tan difícil de obtener, dispersa el miedo, pero también ciega. Fuerza al hombre a no dudar nunca de sí. Le da la seguridad de que puede hacer cuanto se le antoje, porque todo lo que ve lo ve con claridad. Y tiene valor porque tiene claridad, y no se detiene en nada porque tiene claridad. Pero todo eso es un error; es como si viera algo claro pero incompleto. Si el hombre se rinde a esa ilusión de poder, ha sucumbido a su segundo enemigo y será torpe para aprender. Se apurará cuando debía ser paciente, o será paciente cuando debía apurarse. Y tonteará con el aprendizaje, hasta que termine incapaz de aprender nada más”.²

La claridad, como el miedo, paraliza a quien se deja poseer; demasiada claridad, ciega; eso podría suceder, vivir la

2. CASTANEDA, Carlos. Op. cit. p.p. 109-110.

vida cegado por los dogmas creados por exceso de claridad, dogmas de todo tipo: religiosos, políticos, filosóficos, científicos, que igualmente estancan la vida, estancan la posibilidad de vivir nuevas experiencias; los dogmas tiranizan la vida, la someten a camisas de fuerza difíciles de romper; el hombre vive aprisionado, esclavizado, se vuelve un animal doméstico de los intereses, de los dogmas, de las ideologías que, a la larga, alimentan la violencia de diferentes maneras: generando autoritarismo, fascismo, fanatismo, falocentrismo, etnocentrismo, logocentrismo, antropocentrismo y todos los males que vivimos a diario en la cotidianidad, alimentados por el exceso de claridad, por no aceptar vivir en la incertidumbre, por no aceptar vivir en la aventura, por no *aceptar el caos interior sin el cual sería imposible parir estrellas*.

Quizá el grafitero tenía razón cuando escribía sobre la pared de una institución educativa: "cuando creía que sabía las respuestas a la vida, me cambiaron las preguntas". Tendríamos que leer desde otra perspectiva, desde otro ángulo, ensayar lecturas que antes no se había hecho, no sólo con la razón y la vista, habría que leer con el cuerpo, con cada uno de los sentidos, leer con el oído es decir, aprender el arte de escuchar, leer con el tacto, leer con la piel y con las yemas de los dedos, leer con el gusto, saborear cada instante, leer con el olfato que nos permite sentir aromas indescriptibles para saber que hemos olvidado el más grande de nuestros sentidos, el sentido del **goce**. La claridad impide gozar de cada nueva lectura, gozar de cada nueva pregunta, gozar del caos interno, gozar de la aventura; sólo afirmando el goce disfrutamos plenamente de nuestra vida; **experimentar ética, política y estéticamente para gozar de la existencia, aquí y ahora**.

El tercer enemigo que debe enfrentar quien quiere devenir hombre de conocimiento es alimentado por el miedo y la claridad; a este enemigo lo conocemos muy bien, por él se matan los hombres: el **poder** es una de las drogas más fuertes creadas en la historia de la humanidad; una pequeña dosis puede estimular asesinatos, destrucción de culturas, pasar por encima de quien sea para lograr sus objetivos:

“¡El poder! Es el más fuerte de todos los enemigos. Y naturalmente, lo más fácil es rendirse; después de todo, el hombre es de veras invencible. El manda; empieza tomando riesgos calculados y termina haciendo reglas, porque es el amo del poder. Un hombre en esta etapa apenas advierte que su tercer enemigo se cierne sobre él. Y de pronto, sin saber, habrá sin duda perdido la batalla. Su enemigo lo habrá transformado en un hombre cruel, caprichoso. (...) Un hombre vencido por el poder muere sin saber realmente cómo manejarlo. El poder es sólo una carga sobre su destino. Un hombre así no tiene dominio de sí mismo, ni puede decir cómo ni cuando usar ese poder.”³

El poder se ha mostrado de esta manera, sobre todo, como una manifestación de la capacidad destructiva del hombre. El miedo, la claridad y el poder estaban en todas partes, en cualquier institución de disciplina o de control; no era sino estar despiertos para ver lo que realmente estaba sucediendo en el mundo: se había construido un inmenso laberinto donde pareciera que nadie tenía escapatoria; condenados al infierno creado por las ansias de poder, nuestra vida, sin capacidad de experimentar, simplemente se dedicaba a consumir los productos de una sociedad de consumo: saber, modas, comida, dinero, éxito, información, y toda clase de chucherías producidas por el capitalismo e impuestas como necesidad a través de la publicidad.

El cuarto enemigo natural y cultural que se había erigido frente al hombre de conocimiento era la **vejez**:

“¡La vejez! Este enemigo es el más cruel de todos, el único al que no se puede vencer por completo; el enemigo al que solamente podrá ahuyentarse por un instante. Este es el tiempo en que un hombre ya no tiene miedos, ya no tiene claridad impaciente; un tiempo

3. CASTANEDA, Carlos. Ibidem, p. 110-111.

en que todo está bajo su control, pero también el tiempo en el que siente un deseo constante de descansar. Si se rinde por entero a su deseo de acostarse y olvidar, si se arrulla en la fatiga, habrá perdido el último ásalto, y su enemigo lo reducirá a una débil criatura vieja. Su deseo de retirarse vencerá toda su claridad, su poder y su conocimiento."⁴

La vejez, como sinónimo de cansancio, como ausencia de preguntas, de imaginación, de risa, de alegría, de juego, de las capacidades creadoras. Allí estaba el hombre cansado, cruzado de brazos esperando que venga la muerte y se lo lleve. Lo peor de todo es que las instituciones de disciplina y de control habían envejecido a los individuos desde temprano; ya en la sociedad de consumo no era raro ver a un niño envejecido, no era necesario tener noventa o cien para ser viejo, se necesitaba solamente haber perdido la sensibilidad, la imaginación, el sentido del goce y deambular por la vida como un zombi.

Carlos Castaneda hizo conocer Las enseñanzas de don Juan y mostró que había otros caminos por recorrer; que si bien el saber académico nos permitía acceder a un título o a un diploma, de nada servía si al interior del individuo no se propiciaba una subversión silenciosa que le permitiera afirmar el devenir del hombre de conocimiento. No se trataba de llegar a ninguna parte, porque la meta es volver a la claridad, al miedo, al poder y la vejez, esos enemigos naturales que es necesario enfrentar para afirmar el conocimiento como posibilidad de vida.

Caminante infatigable, nómada, el hombre de conocimiento no se dejará vencer por el cansancio ni la rutina, tiene tareas realmente importantes, seguir buscando, seguir experimentando para no atarse a nada.

4. CASTANEDA, Carlos. *Ibidem*, p. 111-112.

*"Ya me di al poder que a mi destino rige.
No me agarro ya de nada, para así no tener nada que
defender.
No tengo pensamientos, para así poder ver.
No temo ya a nada, para así poder acordarme de mí.
Serenos y desprendido,
me dejará el águila pasar a la libertad".⁵*

**Corregimiento de El Encano,
Maloca: La Cruz del Sur, octubre 6 de 2005**

5. CASTANEDA, Carlos. El Don del Águila. Madrid: GAIA Ediciones, 1994, p. 124.
Agradezco al profesor Gonzalo Jiménez M. por las sugerencias y correcciones al texto.